verdad aparece iluminada con la luz vivísima de la evidencia. Pero ¡cuán rara es la vez que brilla á nuestros ojos tan esplendorosa claridad! ¡Cuán amenudo nos engañamos, tomando los fugaces destellos que brotan de la imaginacion, por el resplandor propio de las cosas! ¡Cuántas precauciones hay que tomar, qué pruebas y repruebas son menester para sacar una verdad en limpio y tenerla por firme y seguramente demostrada! Aun en las ciencias puramente matemáticas, ¿no hay por ventura ejemplos de teorías dadas como ciertas por geómetras eminentes, y que han sido desechadas más tarde como incompletas y áun inexactas? Pues si esto sucede en la indagacion de verdades puramente metafísicas, ¿cuán fácil será el que se deslice el error en aquellas en cuya demostracion intervienen las potencias sensitivas, la imaginacion, la memoria y otras facultades ocasionadas á contínuas y casi inevitables equivocaciones?

Para entender mejor la imperfeccion de la ciencia humana, y formarnos al propio tiempo idea clara de su orígen y naturaleza, conviene tener presente que en el desarrollo de los juicios, que son base del conocimiento científico positivo, el más útil, necesario y fecundo en aplicaciones, intervienen dos clases ú órdenes de ideas, es á saber: unas generales, absolutas y que se engendran y desenvuelven en la esfera más alta del entendimiento, y otras particulares, contingentes y relativas á objetos concretos y determinados. Las ideas generales por sí solas no pueden darnos á conocer los séres existentes, sus fenómenos ó alteraciones, ni las leyes á que estas van sujetas; pero si las juntamos ó aplicamos á las particulares y concretas, se establece entre estas y aquellas una influencia recíproca, una especie de fecundacion y maravillosa actividad, de donde resulta la ciencia. Esta proposicion, por ejemplo, «*todo sér contingente necesita una causa que lo produzca,*» áunque muy verdadera, nada dice ni resuelve en

el órden de los hechos; expresa una relacion entre dos ideas, relacion necesaria, muy verdadera en el órden metafísico ó ideal, y que puede tener su aplicacion en la naturaleza de las cosas; pero que no la tiene de hecho, ni siquiera la supone ó incluye. Para que el valor ideal de la proposicion se convierta en real, basta que la experiencia nos dé á conocer un objeto determinado, el mundo, por ejemplo, al cual podamos aplicar la idea ó verdad indicada en aquella relacion. Con lo cual, uniendo la verdad ideal con la real, argumentamos de la manera siguiente: Todo sér contingente necesita una causa que lo produzca; pero el mundo es un sér contingente; luego ha necesitado una causa que lo produjese y sacase á la luz de la existencia. De esta manera construye la mente una verdadera ciencia positiva, apoyándose en dos bases: una, la verdad ideal, otra, la real; ó sea el dato suministrado por la experiencia. Pues bien; en esta aplicacion, en el enlace de las ideas con los hechos, en el camino que recorre el entendimiento para pasar del órden metafísico al físico ó real, está el peligro de extraviarse. Porque los principios y las ideas de donde parte el entendimiento, podrán ser ciertos, evidentes é infalibles, como regla ó norma á que deben ajustarse los conocimientos experimentales; pero como esta aplicacion no se hace muchas veces directamente, sino por una série de proposiciones eslabonadas entre sí, de suerte que la posterior derive de la que la precede su verdad y evidencia, ¿qué entendimiento habrá tan perspicaz, tan agudo y despierto que alcance toda la série de proposiciones, y abarque de un extremo á otro los eslabones de esta cadena? Pues la adquisicion del conocimiento y datos experimentales, ¿á cuántas dificultades va sujeta? ¿Quién nos asegurará de las ilusiones de los sentidos, de los trampantojos de la imaginacion, potencia terriblemente eficaz, así para la verdad como para el error? ¿Quién guiará la mente entre estos escollos? y sobre todo,

¿quién disipará las nieblas que surgen de contínuo del corazon, y enturbian la trasparente claridad del entendimiento?

Convengamos en que la seguridad del procedimiento científico depende de mil circunstancias que las más de las veces están fuera del dominio de la razon. Nos cuesta trabajo fijar el pensamiento en un objeto, nos cansamos de estudiarlo, divertimos fácilmente la atencion á cosas é ideas extrañas, nos encariñamos con las preocupaciones que bebimos en la niñez, con los vicios de una mala educacion y con las ideas torcidas que, sin saber de qué manera, se van arraigando en nosotros; y como ademas de todo esto, el corazon, segun dice Pascal, tiene razones que la misma razon desconoce, si en el camino de nuestras investigaciones se atraviesa alguna pasion ó interes, será milagro que el entendimiento sometido á tales influencias no se desvie del recto sendero, y desamparando la verdad dé consigo en el abismo del error.

De aquí es, que el error se va insensiblemente infiltrando en nuestras especulaciones y razonamientos; con más frecuencia de lo que pensamos, somos víctimas de una influencia perniciosa, de una ilusion fatal, de una mentira inconsciente, con la cual nos engañamos á nosotros mismos y engañamos á los demas. Algunas veces podremos sospechar de la verdad de nuestros juicios, y poniéndolos á nueva prueba, ver cómo la bella imágen que halagaba la fantasía se desvanece cual sombra, y lo que considerábamos oro puro de la verdad, puesto al ensaye, aparece vano y despreciable oropel; pero otras veces ni áun esto es posible por no sospecharse el error, pues ni nuestra preocupacion nos lo deja ver, ni nuestro amor propio é interes lo deja averiguar [1]. «Entre los natura-

1 «Bien creo yo, dice el maestro Alejo Venegas, (*Diferencia de libros que hay en el universo*, lib. II, f. 55 v.º), que si á los hombres les costase dinero errar, no se determinarian tan presto, teniendo tan á mano la pena.»

listas más competentes, dice Beutinger, se convendrá fácilmente en que el error en las cuestiones naturales es no sólo posible, sino hasta cierto punto inevitable [1].» «Los sábios más circunspectos entre los que tratan esta clase de estudios, dice Huxley á propósito de la geología, insisten con razon en que los datos geológicos que hoy poseemos son todavía muy imperfectos. No tenemos más que fragmentos incompletos de la historia de nuestro globo. Por desgracia muchos olvidaron esta verdad, figurándose que podian decirnos todo cuanto pasó en época determinada en un punto cualquiera de nuestro globo; con esto fantasearon una historia más llena de fábulas y mentiras que las más fabulosas entre las historias de la antigüedad [2].» Y aun cuando en muchos puntos se haya evidenciado la falsedad de las teorías de antiguos geológos, «¿quién nos asegura, dice Reusch [3], que con el tiempo no se estimarán erróneas muchas de las teorías que nosotros creemos demostradas por la ciencia, y que dentro de cien años no escitarán la risa y la compasion las opiniones de nuestros geólogos más eminentes, como nos sonreimos nosotros al leer las de los geólogos del siglo décimo sétimo?» Lo que dicen Huxley y Reusch á propósito de los estudios geólogicos, puede aplicarse á muchos otros ramos de la ciencia moderna á pesar de sus progresos incontestables. Con razon, pues, siguiendo el consejo de Dante Alighieri:

siate contenti umane genti al quia,

debemos contenernos y moderarnos en el empeño de señalar el por qué de las cosas; con razon debemos desconfiar de nosotros mismos, de nuestros juicios é investigaciones, y tener siempre en la memoria aquel hermoso di-

1 Renan und das Wunder, p. 91
2 *Sobre nuestro conocimiento acerca del lugar del hombre en la naturaleza*, p. 31.
3 *La Bible et la nature*, c. XVI.

cho de Aristóteles; es á saber: que en la inquisicion de los principios y razones de las cosas, no sólo es muy difícil averiguar la verdad, pero áun es de no poco mérito el saber dudar bien.

Hemos dicho más arriba que la causa de nuestros errores está no sólo en la imperfeccion de nuestras facultades, sino en la misma naturaleza de los objetos á que se aplican. Por grandes, por extensos y sublimes que sean los conocimientos que alcanzamos de las cosas, por muy adentro que penetremos en la naturaleza de los objetos que estudiamos, nunca llegaremos á conocer lo que tienen de más profundo y esencial. Lo que inmediata y directamente sabemos de ellos se reduce á algunos de sus accidentes y propiedades, por las cuales se revelan á nuestra mente. Así nuestra alma se manifiesta á la conciencia por el pensamiento y la voluntad; los cuerpos por su extension, calor, sonoridad y otras propiedades sensibles; las sustancias espirituales por algunos efectos por los cuales venimos en conocimiento de la naturaleza de estos objetos. Mas la misma naturaleza en sí, principio de las propiedades del sér, fundamento y raíz de sus accidentes, fondo misterioso del cual brotan las modificaciones, fenómenos y cambios que en él observamos, se esconde á nuestra investigacion; de donde resulta, que no conociendo inmediatamente esta esencia, el conocimiento de las propiedades y modificaciones que de ella dimanan, tiene que ser necesariamente imperfecto y ocasionado á mil errores y alucinaciones. Por esto, en muchos casos no podemos llegar á la ciencia verdadera, esto es, cierta, demostrativa y evidente de las cosas; tenemos que contentarnos con vislumbres ó atisbos de la verdad, agrupando hechos y casos semejantes, valiéndonos de la induccion y de la hipótesis; y de esta manera, tanteando y conjeturando, podremos llegar á una conclusion, más ó ménos cierta, que unida á otras, contribuya al establecimiento de leyes particulares, las cuales á su vez nos podrán llevar al descubrimiento de otra más general y comprehensiva.

Finalmente, aunque viéramos inmediata é intuitivamente la esencia de las cosas, no bastaria esto para tener de ella un conocimiento perfecto, completo y adecuado; porque la ciencia perfecta es el conocimiento de todas las relaciones que unen y encadenan á todos los séres, desde Dios hasta el átomo, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño. Cada grado en esta escala vastísima aclara el grado que le precede y el grado que le sigue; el efecto indica la causa por ser imágen, rastro ó vislumbre de ella; la causa explica el efecto por ser su principio; todos los eslabones de esta série, causas y efectos á la vez, dependen de aquella causa infinita que contiene en principio, virtud y eminencia, todas las causas y todos los efectos que sostiene uno y otro extremo de esta inmensurable cadena, y anima con su divina actividad todos los eslabones. De donde se sigue, que áun cuando conociésemos cada uno de estos anillos ó eslabones por sí, nunca podríamos llegar á conocerlos perfectamente sin comprender tambien la inmensidad de aquella Majestad Soberana, cuya esencia, considerada en su grandeza inmensurable y en sus infinitas relaciones, se ocultará para siempre á nuestro espíritu. Sólo el Espíritu divino, á la vez inteligencia y realidad, que junta en sí toda verdad, como junta todo el sér, manantial indeficiente de luz en el órden inteligible, más aún que el sol en el órden de la naturaleza, conoce adecuadamente todos los objetos, porque conociéndose perfectamente á sí mismo, conoce cuanto en él está virtualmente contenido y cuanto puede imitar y retraer sus soberanas perfecciones, así en el órden real como en el posible.

Resumiendo en pocas palabras lo dicho hasta aquí, hemos visto cómo nuestra inteligencia conoce la verdad; pero de una manera finita y relativa. Su ciencia está por

consiguiente ceñida y limitada por mil causas, unas que tienen su orígen en la misma razon humana, más inclinada, como hemos visto, á seguir los instintos que la envilecen que los que la perfeccionan, y otras debidas á la manera imperfecta de su conocimiento, no ménos que á los misterios de que está rodeada la naturaleza de las cosas, cuya esencia, causa y raíz de sus modificaciones persevera, en parte, tenazmente oculta á la mirada del hombre, por viva y penetrante que sea. A pesar de esto, en la luz de nuestra inteligencia brilla un reflejo de la luz infinita. Su hermosa claridad nos levanta sobre todos los séres que pueblan el mundo visible, viste la naturaleza de incomparables encantos, y proporciona los goces más puros y suaves á nuestro espíritu. La ciencia humana nos introduce en el santuario de las grandezas divinas, nos da á conocer nuestros eternales destinos y los pensamientos que la mano de Dios grabó, modeló y redujo á formas visibles en el universo que se desplega á nuestra vista. Nuestra verdadera grandeza consiste en ver de meditar y copiar en nosotros mismos algunos de estos pensamientos; y el colmo de nuestra ciencia en persuadirnos de que fuera de lo que alcanzamos hay una infinidad de cosas que trascienden de todo punto lo que conocemos, y que jamas llegaremos á comprender.

CAPÍTULO IV.

FIN DE LA CIENCIA, NECESIDAD DE LA FE.

HABIENDO estudiado el orígen de la ciencia en el órden metafísico, su desenvolvimiento en la historia y los límites que necesariamente la circunscriben en el entendimiento humano, fijemos de nuevo en ella el pensamiento para averiguar sus tendencias ó instintos, y el fin á que naturalmente se endereza. Este estudio completará el análisis que venimos haciendo de su íntima naturaleza, y nos llevará como por la mano al exámen de sus relaciones con la fe ó verdad revelada.

La ciencia, como hemos dicho, es el producto natural y espontáneo de la inteligencia del hombre, el desenvolvimiento de esta misma inteligencia al contacto del mundo exterior, y el principio del desarrollo de las facultades que más nos perfeccionan y ennoblecen. Este conocimiento científico tiende á algun fin; hijo del entendimiento, participa de sus condiciones, instintos y vicisitudes, y se encamina al mismo fin á que aquel está destinado; de suerte que conocido el fin y naturaleza del entendimiento del hombre, será igualmente conocido el fin de la ciencia.

Ahora bien; si la naturaleza y el fin de una facultad han de colegirse de la naturaleza de su accion, vemos desde luego que la accion del entendimiento no se termina en sí misma; conocemos, no por conocer solamente, sino para obrar conforme á lo conocido; el acto de enten-